

PROBLEMAS FILOSOFICOS

Manual de la filosofía del ser, y Catecismo de la Religión natural, por F. Herrenschnider. Traducido al castellano, adicionado con notas y con un breve vocabulario, por I. P.

II

El alma

Difícil en verdad se nos ha hecho encontrar cuál sea en resumen la teoría que sostiene el Manual respecto a esta importantísima cuestión; tanto así nos parecen confusas y contradictorias sus ideas. Encontramos unas veces la aceptación palmaria del materialismo cuando asevera que nuestra alma es corpórea (p. 8) y que toda sustancia es materia (páginas 101 y 103); en otras vemos combatido el materialismo (página 72). Pruébese la personalidad del alma, su distinción del cuerpo, y al propio tiempo se aceptan las encarnaciones y reencarnaciones espíritas (páginas 18, 21 y 30). En otra parte se dice que los seres no son espíritu ni materia, que «no hay mundo material ni mundo espiritual» (páginas 31 y 76). Ora parece ser el alma una fuerza inextensa y abstracta (páginas 10 y 78), ora el molde en que se vacía nuestro cuerpo (páginas 8 y 76), ora, en fin, es un átomo microscópico (páginas 30 y 76); y, como era de preverse, lo único que uniforma un tanto la doctrina, es la escasez de pruebas o razones para sostener tanta afirmación y negación contradictorias.

Procuraremos seguir al autor en todas estas evoluciones, que a nuestro juicio lo pierden en un laberinto de errores; pero antes nos permitiremos hacer un ligero resumen de lo que la filosofía que sostenemos enseña con relación al alma humana, pues en vista de algunas proposiciones del Manual, en las cuales se atribuyen al espiritualismo doctrinas que está muy lejos de prohiar, concebimos a veces la sospecha de que su au-

tor no conoce muy bien aquella filosofía, a que muestra tan especial animadversión.

Hé aquí nuestra exposición:

Partiendo del hecho, de conciencia o sentido íntimo, de representarse a nuestro interior por sí mismas nuestras propias afecciones, venimos al conocimiento de nuestra existencia, que afirmamos luégo por un raciocinio de evidencia: «lo que piensa existe». Hay pues aquí dos cosas: el hecho de conciencia, y la afirmación de la existencia. El primero de estos hechos, aislado, constituiría al sér meramente sensible, tal como suponemos al animal, que recibe la impresión y la siente, pero que carece de actividad para pasar de allí al conocimiento, es decir, a la idea. El segundo hecho, la afirmación de la existencia, en virtud del hecho de conciencia, supone una actividad a que damos el nombre de inteligencia o facultad de conocer, que por medio de la evidencia, del principio llamado de contradicción y del sentido común, que constituyen en cierto modo sus leyes, nos pone en posesión de la verdad, hasta donde lo permiten su limitación propia y los medios de investigación de que puede disponer. En seguida reconocemos nuestra espontaneidad de acción en el ejercicio de lo que llamamos voluntad, y proclamamos la libertad de albedrío. De aquí no pasamos, como se supone falsamente en el Manual (páginas 10 y 72), a aislar estas facultades dándoles el nombre de *fuerza*, para concebir el alma. Lejos de eso, reconociendo la escuela espiritualista que las propiedades, fuerzas o facultades que concebimos por medio de una abstracción, no son entes personales, ha deducido racional y lógicamente que, dado que no pueden existir por sí mismas la conciencia, la inteligencia, la memoria, la unidad y la identidad que encontramos en lo que llamamos nuestro YO, es preciso que haya una sustancia que las posea como atributos y que exista en el orden real. Así, es a una sustancia

y no a una abstracción a lo que damos el nombre de alma, cosa que, por otra parte, ha sido sostenida siempre por todos los filósofos cristianos. De extrañarse es por tanto que se diga en el Manual que la escuela espiritualista llama alma la fuerza separada de la sustancia, o que confunde estas dos nociones (página 10).

Inexplicable, por otra parte, parece la preferencia que dan a la doctrina materialista (páginas 71 y 76), los que al propio tiempo profesan la distinción sustancial del alma y el cuerpo, llevada al extremo de las reencarnaciones indefinidas. Tal vez al aceptar esta distinción, que divide radicalmente las doctrinas espiritualista y materialista, creen poder librarse de los formidables argumentos que ocurren contra la *materialidad* del alma (argumentos que en parte aduce el mismo Manual en la página 72 y siguientes) diciendo que el alma es materia, «pero simple, extensa, sutil, resistente, casi imponderable» (página 8).

Pero además de carecer de prueba o demostración científica la existencia de semejante clase de materia, generalmente rechazada ya del dominio de las ciencias físicas, quedan en pie todas las objeciones, sin que le valga contra éstas su mucha *sutileza e imponderabilidad*.

Volveremos a la exposición que habíamos dejado en el punto de reconocer que nuestro YO es una sustancia inteligente y libre. En el ejercicio de su actividad intelectual, es el alma el primer objeto de su conocimiento, porque su existencia reflejándose en la conciencia, se presenta necesariamente anterior a todo conocimiento externo; y es esto lo que, mediante una exageración ha dado lugar al idealismo, el cual suponiendo la posibilidad de la ilusión en todo conocimiento que no se refiera al YO, y rechazando el sentido común, ha pasado a la negación del mundo externo. Puede evitarse el caer en este error, deduciendo la existencia del mundo exterior de aquellos hechos de conciencia que, por

no intervenir en ellos nuestra voluntad, dependen de una causa extraña. Reconocido el universo material, nos enseña la reflexión que nuestro cuerpo es una porción de materia organizada cuyas propiedades sustanciales son diferentes y aun contradictorias a las que nos habían manifestado la existencia de nuestra alma; y como concebimos que sería absurdo suponer una misma sustancia con propiedades contradictorias, afirmamos la existencia de dos, y llamamos ESPIRITU aquella que constituye esencialmente nuestro yo, con las propiedades de ser simple, activa, inteligente y libre; y MATERIA, a la que se revela en el mundo externo por su inercia (en el sentido físico de esta palabra), su extensión, su multiplicidad o composición, y, en fin, por encontrarse sometida a leyes que demuestran que carece de inteligencia y libertad.

Nada hay aquí que se parezca a suponer un sér formado por atributos aislados, independientes de la sustancia, pues, por el contrario, afirmamos la verdadera dualidad de nuestro sér en dos sustancias diferentes, alma y cuerpo; la primera, activa e inteligente, anima y vivifica al cuerpo, que a su vez la complementa y le sirve de instrumento necesario en sus actuales relaciones con el mundo externo. Dualidad real, y no ficticia como la que en la misma alma supone el Manual, sosteniendo el absurdo que ya hemos hecho notar, de considerar elementos constitutivos de un sér sus propias formas o accidentes. Tan extraño es decir que la sustancia y la fuerza son los componentes de un sér cualquiera, como lo sería, por ejemplo, sostener que los elementos de una campana son el bronce y el sonido que produce.

Una vez reconocida en nuestra naturaleza inteligente la libertad de albedrío, hay que convenir en nuestra responsabilidad para con el sér que nos creó y cuya voluntad debe constituir la ley que, aceptada y seguida

libremente, formará el orden moral. De aquí nace la obligación de buscar las manifestaciones de esa voluntad, y la razón nos las señala, ya grabadas en nosotros mismos, con el nombre de *ley natural*, ya reveladas directamente por la bondad y sabiduría del verdadero Dios, con el nombre de *ley positiva*; unas y otras en armonía completa para enseñarnos cuál es nuestro destino y cómo debemos acatar la voluntad divina.

Es un hecho indiscutible que, no obstante estar dotados de inteligencia y tener grabada en nuestros corazones la ley natural, está nuestra naturaleza degradada por la inclinación al mal, lo que origina la constante lucha que observamos entre nuestros deseos y nuestra voluntad. Esta anomalía, que, fuera de la Iglesia, no ha conseguido explicar satisfactoriamente ninguna filosofía, da lugar en el Manual a la contradictoria teoría de hacer del mal un bien, pues dice que «no es un vicio de la creación ni un castigo», sino «un elemento necesario para el progreso» (página 23); teoría que lo lleva hasta el extremo de rechazar la bienaventuranza futura, declarándola «insípida y monótona», aparente sólo para «desarrollar nuestros vicios» (página 22). Con todo, a pesar de la negación absoluta que dejamos citada, el Manual acepta también la idea de que el mal sí es un castigo, pero un castigo que sufrimos por faltas cometidas en nuestras existencias anteriores, cuyo recuerdo se borra en cada nueva encarnación (páginas 20 y 22). Además de la contradicción de las teorías, nos parece del todo injusto y sin objeto alguno un sistema penal en que los castigados no conocen la falta por la cual se les castiga, ni pueden conocerla nunca, puesto que se niega expresamente que alguna vez hayamos de estar sometidos a juicio (página 23).

Sea esta ocasión de poner otro ejemplo de uno de aquellos casos en que, a nuestro juicio, el Manual da muestras de conocer poco las doctrinas que combate.

Dice en la página 83 que «no existen ni pueden existir» demonios ni ángeles, dando por razón para negar los primeros que «sería injusticia crear seres destinados al mal y condenados a él eternamente»; y, para negar los segundos, que también la habría en crear seres perfectos y exentos de prueba. No sabemos si en alguna religión se dé noción de estos seres tal como se desprende de las palabras citadas; pero si afirmamos que la enseñanza católica a este respecto es muy distinta, como puede verse en cualquier catecismo de doctrina. Según ella, los demonios fueron creados como los demás ángeles para la gloria y la bienaventuranza, pero, *sometidos a prueba*, abusaron de su libertad, se rebelaron y trocaron por sí mismos su destino, produciendo el mal y su propia desgracia, lo que está indicado hasta por el mismo nombre de *ángeles REBELDES*, con que es costumbre designarlos. Ni son pues los demonios seres destinados al mal ab-eterno, ni dejaron los ángeles de tener su prueba. Por lo demás no atinamos por qué habría injusticia en que Dios creara seres destinados a la gloria sin someterlos a duras pruebas, ni en virtud de qué se le impone semejante condición para concederle permiso de ejercer su poder creador.

Decíamos al empezar este artículo que nos parecía esencialmente contradictoria la teoría del alma humana como está expuesta en el Manual, y aun cuando, por lo hasta aquí consignado puede comprenderse con cuánta razón lo afirmábamos, vamos a robustecer nuestras objeciones con el estudio de algunos puntos en los cuales creemos que se ha introducido la confusión por haberse trocado en aquella obra el sentido de las palabras y por el empleo de definiciones caprichosas a cuya sombra se obscurece la verdad y se desliza con facilidad el sofisma.

Sin ir muy lejos, encontramos usadas en el Manual las palabras *materia* y *sustancia* como sinónimas, y se

definen en un mismo sentido en el vocabulario que hay al fin (páginas 101 y 103). Pero en esto hay no poca falta de filosofía, pues se corta así con una definición caprichosa una gravísima cuestión que debía resolverse primero, a saber: si no existe más sustancia que la materia. Empezar por establecer que sólo la materia es sustancia, y dar por hecho que únicamente lo que es compuesto puede existir, es incurrir en la falta que los lógicos llaman *petición de principio*, cosa por cierto extraña en la exposición doctrinaria de un manual de enseñanza.

Otra confusión se encuentra en el empleo de la palabra *fuerza*, que sirve a muchos de precioso talismán para dar razón de todo lo que no pueden explicar, y para considerarse fuera del alcance de toda réplica u objeción. Con decir FUERZA creen que todo queda dicho y explicado respecto a Dios, a la Creación, a las leyes del Universo, a las del orden moral, a las de la inteligencia y a todo linaje de cuestiones. Aquella es la palabra *científica* por excelencia, y una vez que se ha dado como respuesta, tratar de preguntar más o de pedir explicaciones es declararse lastimosamente ignorante.

Pero los que no tememos estos epítetos, los que llevamos nuestra exageración hasta el punto de exigir aun de la misma ciencia que sea racional para poder creerle, pedimos explicaciones.

¿Qué es una fuerza? los matemáticos dicen que es «la causa que pone a un cuerpo en movimiento»; los metafísicos quieren que sea «todo poder capaz de producir un efecto». Los diccionarios pasan de ahí a otros significados, más o menos metafísicos.

Como se ve, la tal voz tiene acepciones varias, y puede a veces significar las cosas más diversas; luego es preciso tener el mayor cuidado al emplearla para no pasar de la confusión de los nombres a la de las ideas, como suelen hacer los sensualistas con la voz *sentir*.

Que un cuerpo se mueva y atribuyamos este movimiento a una fuerza, sea en buena hora. Que el alma piense y ejecute actos que revelan su actividad, que figuradamente llamemos también fuerza la razón de esa actividad, convenido. Pero pasar de ahí hasta sostener la identidad de las causas, admitiendo que la misma fuerza en virtud de la cual se mueve un astro es la que produce los fenómenos psicológicos de nuestro yo, es lo que no podríamos aceptar sin pruebas. Y esto es precisamente lo que hacen los materialistas y los partidarios de las doctrinas del Manual, cuando después de llamar *fuerza* al alma y *fuerza* a Dios, nos quieren hacer creer que en el Universo no hay otra cosa que materia y fuerza.

Sin duda es significado más genuino y original de la palabra fuerza el que le da la Mecánica; pero debe notarse que ni aun allí da idea precisa, ni expresa cosa o sér determinado, pues lo cierto es que aquella ciencia se encuentra con el hecho del movimiento sin poder explicar esencialmente su causa, y aquél y no ésta es lo que estudia y cuyas leyes establece. Si da el nombre de fuerza a la razón desconocida del fenómeno que observa, es asimilando en cierto modo la causa al efecto, para facilitar la comprensión de las teorías que establece.

Hallaremos todavía mayor indeterminación al pasar de éste a los demás significados, y si bien se examina, concluiremos por encontrar en último análisis que la voz *fuerza* viene a ser equivalente a la voz *causa* y tan insuficiente como ésta para explicar por sí misma nada de aquello a que se aplica. Se varía de palabras y se deja en pie el prob'ema, con el inconveniente de dar un significado más a un vocablo que sería mucho más inteligible dejándolo en su acepción primitiva. Por esta razón querríamos que no se empleara en filosofía el término *fuerza* sino en sentido de razón del movimiento

en la materia. Aplicarlo a Dios o al alma nos parece inadecuado.

Tampoco podemos convenir en considerar la fuerza, cualquiera que sea su significado, como elemento de composición de un sér, pues creemos que los elementos, para que puedan considerarse como tales, han de ser susceptibles de separarse unos de otros; de lo contrario la composición será apenas ficticia o figurada; y sea que se dé a la fuerza la significación de poder y facultad, sea que represente modalidad o atributo, en ningún caso indica algo separable de la sustancia y que pudiera entrar con ella como elemento de composición. No encontramos contradictoria la existencia de un sér con propiedades o atributos varios, y que no obstante sea esencialmente simple. Los que sostienen que todo sér es compuesto consideran elementos de composición tanto el sér como el modo de ser: sutileza o juego de palabras muy poco filosófico.

Imposible sería que de tanta confusión no se viniera a parar en conclusiones absurdas. Así, después de sostener el Manual que el alma es una materia extensa e impenetrable, aunque «sutil y casi imponderable», «que sirve de molde a nuestro cuerpo» (páginas 8 y 9), concluye diciendo que es el átomo material al cual los sabios suponen un millonésimo de milímetro de magnitud (páginas 18, 30, 31 y 75). Este átomo es desde su principio suficientemente inteligente para irse formando organismos sucesivos, apoderándose de sus semejantes, a quienes sin duda obliga a que le sirvan en virtud del derecho del más fuerte. Nadie recuerda todas esas aventuras, porque «probablemente nuestra encarnación borra el recuerdo de nuestras preexistencias» (página 20). Lo más admirable en esta doctrina es que un átomo tan extremadamente microscópico resulta ocupando un espacio de extensión igual a la de nuestro cuerpo, como se deduce del principio de que en ninguna parte puede exis-

tir la fuerza sin la sustancia (páginas 7 y 71), y de que en todos los puntos de nuestro cuerpo está presente nuestra fuerza (página 9).

La asimilación del alma humana al átomo material, que se perfecciona en virtud de sus evoluciones a través de organismos corpóreos, es absolutamente inaceptable, tanto por carecer de pruebas como por consideraciones filosóficas de otro orden. Perfeccionarse un sér no es otra cosa sino adquirir las condiciones de existencia que necesita para cumplir el destino para que fue creado. Esto supone una ley física impuesta por el creador, y en virtud de la cual el sér tiende inconscientemente al cumplimiento de su destino; o libertad de albedrío e inteligencia, con la noción de su propio fin, para que el sér creado pueda por sí mismo elegir los medios conducentes para alcanzarlo, sometido a una ley moral. Pero por nuestra parte sostenemos que el átomo material es perfecto en sí mismo, tal cual lo revela la Física o la Química, pues las leyes naturales lo llevan del reino mineral al vegetal y de éste al animal, o recíprocamente, sin que necesite variar en su modo de ser. Tal como se conoce, llena su objeto en el mundo corpóreo, y sólo exige propiedades nuevas cuando se le quiere obligar a que desempeñe un papel en un puesto al cual indudablemente no ha sido destinado.

Desechando en absoluto la Revelación (página 68) y quitando al átomo la continuidad de la conciencia (página 20), ¿cómo puede saberse si éste trasmigra realmente de un organismo en otro? A esta pregunta, que naturalmente ocurre a quien por primera vez se encuentra con la doctrina pitagórica que enseña el Manual, contesta éste que «la ley que nos rige es la de ser el resultado de nuestros esfuerzos al través de nuestras vicisitudes» (página 18). Si esto se refiere al orden material, ¿cómo, cuándo y por quién se descubrió tal ley? ¿Cuáles son sus manifestaciones? Si dice puramente re-

lación al orden moral ¿cómo puede suceder, según lo afirma el Manual, que la lógica pase de ahí a «entrever» que en el orden físico venimos de un átomo, «lo más ínfimo, inerte e insensible» que puede haber?

En seguida, y sin más pruebas, da por hecho el autor que venimos de aquel átomo, y se pone a explicar cómo por medio de la trasmigración hemos podido llegar a lo que somos. Pero como la dificultad no está en saber de qué manera podemos pasar de un organismo a otro, sino en demostrar si hay realmente tal trasmigración (que por nuestra parte negamos), todas aquellas hipótesis y explicaciones vienen a ser inútiles para la ciencia y sólo servirán al autor para distraer la atención de los que lo siguen, y, apartándola del punto principal, tratar de que se olvide o perdone la falta de pruebas de que adolecen sus afirmaciones.

También alega el Manual en són de prueba, para justificar el desarrollo gradual del átomo que representa nuestra alma, los dos hechos siguientes: primero, «que el organismo de todas las criaturas está concebido en un mismo plan, de manera que vegetales y animales se forman todos según un sistema orgánico único, y están dispuestos de modo que puedan atravesar sucesivamente todos los organismos superiores por una expansión continua de su esencia»; y segundo: que «hay diferentes series de animales y de vegetales que desde la ínfima monada gelatinosa, proto-órgana o criptógama, se elevan hasta los mamíferos y el hombre; de suerte que el camino de nuestro desarrollo está trazado delante de nosotros, aunque el tránsito de nuestras esencias *se oculta* a nuestros ojos» (página 19). Confesamos ingenuamente que no entendemos el primer hecho, ni concebimos cómo los animales y vegetales pueden atravesar organismos; y en cuanto al segundo, tampoco comprendemos cómo pueda deducirse, de la observación de la escala mineral, botánica o zoológica de los seres de

la naturaleza, que esa misma escala haya sido el camino recorrido por nosotros. Parece que el Manual conviene en esto y aun prevé que se le opondrán la experiencia y las mismas leyes naturales contra la posibilidad de que una especie engendra otra, por más que haya graduación entre ellas, y para salir del compromiso ocurre al expediente de decir, para terminar, que «es necesario intervenir la existencia de esencias, su nacimiento y su muerte alternativos en el medio terrestre, su expansión gradual en el estado no encarnado, su transformación y su encarnación sucesivas en especies más elevadas» (páginas 19 y 20). De manera que, dejando a un lado lo que podrá decirse de esas esencias que nacen y mueren, resulta que la lógica de esta doctrina consiste, en definitiva, en afirmar gratuitamente lo que quiere probar, y en salir de dificultades, cuando encuentra sus afirmaciones contradichas por la razón o por la experiencia, haciendo hipótesis que puedan arreglarlo todo. Así, nada habría indemostrable, por erróneo que fuese.

Muchas son las preguntas que podrán hacerse al Manual antes que sea dable considerar su teoría atómica del alma como medianamente fundada. Algunas se desprenden de lo que hasta aquí hemos dicho.

¿Cuál es el destino que esta filosofía señala al átomo material y cómo se determina?

¿En qué consiste su perfección?

¿Cómo se sabe si el átomo adquiere nuevas propiedades?

¿De qué modo se comprueba que un átomo en una planta rige el organismo y se perfecciona?

¿Dónde están los hechos que hagan indudable que un átomo material se liberta de las leyes físicas, para entrar en el orden de las intelectuales y morales?

Todos estos átomos o almas que con su fuerza y su sustancia vienen a ser los elementos de cuanto existe

(páginas 30 y 75) ¿han sido creados simultáneamente, o en épocas diversas? Si lo primero: ¿cómo puede explicarse que estando todos ellos en igualdad de circunstancias y con la fuerza suficiente para desarrollarse cada cual por su cuenta, puedan los unos obligar a los otros a que les sirvan de «envoltorio», constituyendo organismos? Si lo segundo, ¿cómo se prueba que hay nuevas creaciones, cómo se efectúa el progreso de los primeros átomos, y de qué modo y en qué encarnan?

Por último: ¿cómo se explica que después de haber dicho el Manual con tanto acierto en la página 74 que «es necesario que haya en nosotros ALGO permanente, inteligente, superior a nuestro organismo y distinto de él», nos salga a renglón seguido con que ese algo es el átomo, la ínfima porción de materia que cabe concebir?

Por nuestra parte negamos hasta la posibilidad metafísica de que el átomo material pueda llegar a ser el alma racional; porque el elemento de la materia, necesariamente compuesta e inerte, no puede ser la sustancia inteligente, que sería la antítesis de aquélla por sus propiedades esenciales. Tampoco convenimos en el perfeccionamiento de un átomo que se convierte en alma, porque sería un perfeccionamiento que le haría adquirir propiedades contradictorias con su primitiva esencia; sería más bien una transustanciación imposible de verificarse bajo el imperio solo de las leyes naturales.

No es raro oír sostener que todas estas cosas tienen el apoyo de la ciencia, y que son sabios naturalistas los que han descubierto esa procesión de la vida, que va elevándose, conservando una misma esencia, desde el hongo hasta el hombre, y luego de éste hasta el ángel, o si fuera posible hasta Dios. No estarán por demás dos palabras sobre este punto.

Las ciencias naturales son esencialmente experimentales, y sus leyes se revelan a la inteligencia por me-

dio de inducciones a que conducen la observación y la experiencia. No siendo nosotros creadores ni ordenadores del Universo y no estando su existencia enlazada a las verdades necesarias, por ser ella en sí y en su modo de ser enteramente contingente, nos es absolutamente imposible descubrir *a priori* y demostrar por método deductivo dichas leyes. Por otra parte, es nuestra observación naturalmente limitada y bien escasos nuestros medios de experimentar, por lo cual se nos escapan muchas leyes y la razón de muchos fenómenos, y se ha tenido que ocurrir a las hipótesis para explicar los hechos, medio que en muchas ocasiones conduce al descubrimiento de la verdad. En el caso presente la hipótesis sería muy buena, usada con la debida reserva, si respecto al origen y destino del alma humana no tuviéramos absolutamente a qué atenernos. Pero es así que la Revelación es un hecho comprobado, y su enseñanza contradice abiertamente la hipótesis de la pluralidad de la existencia, luego tal pluralidad no es ni aun posible, y es completamente inútil hacer hipótesis para explicar lo que ya se sabe.

Las mismas ciencias naturales están muy lejos de establecer, con lo que tienen de positivo y cierto, tales teorías, y podría retarse a todos los naturalistas del mundo a que presentasen en el terreno de la experiencia y fuera del campo de las elucubraciones aventuradas, el hecho indiscutible de una reencarnación de una misma esencia en dos especies diferentes. Ni lo que llaman el combate por la vida, ni la selección natural, ni los tiempos acumulados sin tasa por millones de siglos, pueden alcanzar nunca en los límites de lo racional a establecer lo que de ellos se pretende deducir con menoscabo de la misma ciencia.

La importancia del asunto que tratamos nos obliga en muchos casos a volver tal vez con demasiada insistencia a un mismo punto; pero más que combatir el

Manual quisiéramos que nuestras observaciones se extendiesen a la doctrina misma, que ahora en una forma, ahora en otra, trata siempre de poner de su lado, con temeridad insólita, el testimonio de la ciencia para batar en brecha los dogmas más importantes de nuestras creencias.

Entre otras cosas, se da por supuesto en el Manual que lo que se ha convenido en llamar *generación espontánea* es un hecho comprobado, sobre el cual no resta otra cosa que hacer sino formular hipótesis para explicar cómo se verifica. Pero tal suposición es absolutamente falsa, pues hasta hoy, ni se ha podido demostrar teóricamente que aquello deba verificarse, ni la observación y la experiencia han conseguido aducir un solo hecho positivo en su favor. Nos apoyamos para aseverar esto último en el testimonio nada sospechoso del profesor J. Tyndall, de Londres, quien a su reconocido saber reúne la circunstancia de haber estudiado por muchos años esta cuestión, según lo manifiesta él mismo en el luminoso artículo que publica *La Revista Científica* en el número 50, correspondiente al 10 de junio de 1876, y cuya lectura recomendamos a los que quieran saber lo que la ciencia, por boca de uno de sus más abonados representantes, dice sobre generaciones espontáneas.

El Manual sostiene que esencia es el yo (página 100), que el yo es el alma, que el alma es el átomo (página 75), que el átomo es la parte químicamente indivisible de la sustancia (página 99), y que sustancia es lo mismo que materia (página 76), y luego, como si cada una de estas palabras tuviera significado distinto, habla de esencias que encarnan, y pretende demostrar que en las plantas y animales hay un alma diferente del organismo, cuando, según su teoría, no sólo habría una sino muchas, tantas cuantos átomos tenga cada cuerpo. Ya podrían ir pensando los partidarios de esta doctrina en

dar algún tratado sobre química psicológica para el análisis de las almas, que indudablemente serán unas de hidrógeno, otras de oxígeno, cobre o plata, según son los átomos químicos.

Pero volviendo a las generaciones espontáneas, tenemos que, ni aun animando así toda la materia, resulta cierta la teoría, porque si todo se creó animado, nada podrá animarse espontáneamente. Cada partícula material se convierte en un germen o en una semilla, y mal podríamos decir que, porque ésta se desarrolla, se ha verificado una generación espontánea, ni menos *creación* espontánea, como la llama el Manual en la página 31.

Si no estamos equivocados, la generación espontánea exige que haya materia inerte, que por sí misma se convierta en animal o vegetal, sin la preexistencia de semilla o germen de ninguna clase; y esto nos parece imposible, porque entre la inercia y la vida hay tal contradicción esencial, que jamás podrá la una ser causa de la otra.

Si pasamos ahora del terreno científico al orden moral, encontramos que las enseñanzas psicológicas del Manual, lejos de propender a la moralización del hombre, lo llevarían a la más espantosa degradación. En efecto: niéguese la sanción eterna de Dios en el porvenir, niéguese su providencia en esta vida, establézcase como cosa indiscutible la ley de la perfectibilidad, en virtud de la cual nos vamos elevando fatal e inconscientemente de etapa en etapa, de una existencia a otra superior, con irresponsabilidad completa del pensamiento y sin más sanción que la de las leyes naturales para nuestras obras, y todo lo que se refiere a la moral quedará de hecho convertido en una fábula que desdeñarán todos

—Si en ningún caso puedo perder la Eternidad; si de todos modos he de ir perfeccionándome en virtud de la ley del progreso, que comprende a todas las criatu-

ras; si cuando más, puedo quedar sujeto a penas temporales en la vida futura, que en nada diferirá de la presente (página 22) y en la cual volveré a morir, ¿a qué hablar de deberes ni quién tendría autoridad para imponérmelos?

Una vez que Dios no interviene en nuestros asuntos (página 37) y que no debemos creer en la «puerilidad» de que pasemos a juicio después de nuestra muerte (página 23), ¿quién podría tener la osadía de juzgarme por lo que haga?

Me diréis que la naturaleza misma me castigará degradándome en mi próxima reencarnación y haciéndome sufrir. Pero también sostenéis que no hay pena eterna, que el mal es un elemento de progreso (página 23), del cual no podemos libertarnos porque se desarrollarían nuestros vicios (página 22), y que los malos estarán siempre mezclados con los buenos en todas sus futuras existencias.

Todo viene a ser, pues, asunto de un poco más de sufrimiento temporal, que acepto a trueque de hacer prevalecer mi voluntad sobre la del mismo Dios, obligado a dejar cumplir en mí la ley del perfeccionamiento indefinido, en virtud de la cual he venido desde el átomo hasta lo que soy.

Si todavía me estrecháis más, os replicaré que puesto que las existencias futuras se sucederán indefinidamente, tiempo me queda más que suficiente para convertirme cuando ya esté cansado de practicar el mal; y aun cuando de degradación en degradación haya vuelto al átomo primitivo, todo quiere decir que volveré a empezar, eligiendo a mi gusto el camino sin obedecer más que a mi capricho....

Con semejantes razones, la corrupción de la humana naturaleza dejaría sin réplica al filósofo moralista que pretendiera dar reglas de conducta, armado con las doctrinas expuestas en el Manual.

Terminamos aquí este ensayo, que, aun cuando por culpa nuestra esté lejos de tener toda la fuerza que la importancia del asunto demanda, podrá servir al menos para llevar a muchos espíritus la duda sobre el valor científico de todos esos sistemas que, a semejanza del que hemos analizado, se quieren imponer como infalibles contra las enseñanzas de la Iglesia; sistemas que, preciándose de ser esencialmente analíticos y racionales, y llevando la intolerancia hasta el punto de negar adhesión a la palabra de Dios que no esté estampada en una ley del Universo, y rechazando el testimonio humano como criterio de autoridad, aducen como prueba una revelación espiritista (página 21). ¿Por qué, si la Revelación es falible, son infalibles las palabras de un duende o de un aparecido cualquiera, y se ha de creer lo que nos diga un juglar o un medium que evoca fantasmas?

Mucho más importantes de lo que a primera vista pudiera juzgarse, son las doctrinas filosóficas en el progreso del humano linaje. La historia de todos los tiempos manifiesta que así como la verdad en estas materias es el principal apoyo de la civilización, el error puede conducir la sociedad a la más deplorable decadencia. Es esta persuasión la que nos ha guiado en el estudio que antecede, y atendida la gravedad del asunto, esperamos la indulgencia de los lectores.

R. FERREIRA

